

El Éxodo Rural

La prensa nacional se muestra justamente alarmada por la rápida despoblación del campo venezolano.

Pero se olvida con frecuencia que el fenómeno es mundial.

La "Revista de los Agricultores de Francia" ha consagrado su número de julio, 1938, a los informes presentados en su Asamblea de mayo sobre el problema del éxodo rural.

Las conclusiones son impresionantes.

El salario medio de un obrero del campo francés es de 30 francos diarios. El salario ordinario de un manufacturero de cualquiera ciudad alcanza a 60 francos diarios.

Contadas las ayudas y las cargas estatales, un agricultor francés con cuatro hijos gana al mes 990 francos. Un obrero manufacturero en iguales condiciones gana 1830 francos mensuales: casi el doble que el agricultor: 840 francos más.

A esta palpable desproporción en lo que respecta al salario debe añadirse una notable desventaja del agricultor en las horas de trabajo y en la asequibilidad de las diversiones. Lo que explica, añade la revista, el éxodo de los obreros agricultores en los últimos años, pero sobre todo en proporciones extraordinarias en los últimos 18 meses. Se podría añadir que en las comarcas próximas a las grandes ciudades, como París, hace falta una fuerte dosis de abnegación a los trabajadores de la tierra para no emigrar a la ciudad.

La única ventaja del obrero del campo sobre el de la ciudad es la facilidad y comodidad del alojamiento, y del aire sano.

El articulista termina con una elocuente estadística de la despoblación de los más famosos centros agrícolas de Francia.

En la región de Dordogne, en 1851, había 505.789 agricultores. En 1936 sólo quedaban 118.826.

En la Mancha, 600.882 habitantes en 1851. En 1936, sólo 162.343.

Tal sucede en el corazón de Europa. Lo que prueba que nuestros problemas más cacareados no son, con frecuencia, dificultades insulares ni enfermedades endémicas del trópico. Son factores de ese inmenso producto de la crisis social del mundo entero.

Pero es también indudable que el problema del éxodo campesino presenta en Venezuela características agravantes, y sería facilísimo comprobarlo con un simple cotejo con la crisis de los obreros agrícolas de Francia.

El obrero agrícola francés se queja de su salario dimidiado. El campesino venezolano sentiríase feliz si pudiera contar con seguridad con un tercio de los sueldos comunes en Caracas. No han desaparecido aún del campo venezolano (al menos totalmente y a pesar de la Ley del Trabajo) los hacendados que pagan en fichas y obligan a gastarlas en sus haciendas. Y en todo caso el agricultor francés cuenta con la continuidad de su salario; mientras nuestros asalariados campesinos han de vejetar por fuerza en la ociosidad entre cosecha y cosecha.

El agricultor francés se queja de la duración de su trabajo. Una gran parte del

campesino venezolano no conoce más límites que la luz del sol.

El agricultor francés se queja de sus dificultades para participar en las diversiones. Y sin embargo, la exigüidad relativa de las distancias, su bicicleta, sus espléndidas carreteras y ferrocarriles le facilitan casi siempre el acceso a las ciudades para todo el día festivo.

Una gran masa de campesinos venezolanos no conocen la ciudad, ni tienen idea de carreteras asfaltadas, que crucen sus campos, ni puede soñar en una bicicleta, ni ha oído el silbido del tren.

El agricultor francés tiene médico, escuela, casas higiénicas, campos saneados y magnífica maquinaria de labranza.

El campesino venezolano rara vez goza de la asequibilidad del médico, ni muchas veces de la escuela, rarísima vez de casa higiénica, de campo saneado y de maquinaria de labranza.

No pueden olvidarse las estadísticas alarmantes de la salud en varios Estados eminentemente agrícolas y pecuarios. En el Estado Barinas hay un sólo médico para 60,000 habitantes. En el Estado Guárico un noventa por ciento de los habitantes están enfermos. El agricultor francés es generalmente fuerte, recio y sano. No sabe de la plaga del paludismo.

Si el agricultor francés abandona sus campos feraces, el amable terruño vinculado a la tradición secular de sus mayores, ¿qué extraño que el campesino venezolano invada las ciudades?

La tentación de la ciudad es doblemente arrolladora en Venezuela; sobre todo si se trata de Caracas y Maracaibo. Un gobierno, proporcionalmente rico y con frecuencia paternalmente bondadoso, derrama — en las ciudades! — a manos llenas el oro que rebasa de la inmensa explotación de nuestro petróleo por capitalistas extranjeros. Ello va creando en el pueblo una concepción viciosa de la economía. Todo venezolano sueña en un e m p l e o: un empleo gubernamental, pingüemente retribuido.

¿Qué extraño que el campesino venezolano huya desesperadamente a la ciudad? ¿Por qué él solo ha de estar excluido de la fácil remuneración de un "empleo"? Por qué vivir en ranchos miserables, si en la ciudad hay viviendas lindísimas y confortables; por qué desfallecer de paludismo, si en la ciudad hay higiene; por qué aburrirse en la soledad si en la ciudad hay cine, placeres fáciles, deportes y espectáculos?

El campo venezolano se despuebla infaliblemente si el Gobierno, en vez de preocuparse tanto de la ciudad y sus obras suntuarias hasta convertirla en emporio de lujo y de placer a la manera de los grandes centros europeos, no se preocupa de abrir caminos, sanear, educar, civilizar y hacer amables los campos.

Sobre todo si no protege sería y sinceramente el trabajo del campo.

Horroriza pensar lo que sería de Venezuela, con sus agrós despoblados e insalubres, viviendo artificialmente de la explotación extranjera de nuestras riquezas mineras, o más concretamente de nuestro petróleo, el día en que por capricho, venganza o represalias de las compañías petroleras cesara por un instante la única fuente sólida de nuestra actual riqueza oficial.

Es imprescindible crear fuentes de riqueza nacional independiente. Y en primer término salvar la base fundamental de la agricultura.

¿Los medios? Mercado libre, primas a la producción, colonias de agricultores extranjeros, vías de comunicación, defensa de los productos nacionales contra la importación extranjera, exterminio de los monopolios descarados o disfrazados.

Pero no es nuestro intento el señalar todas las soluciones. Un día las insinuaremos más detalladamente. Hoy nos basta impresionar a los que puedan remediarlo, con la magnitud e inminencia del pavoroso problema del éxodo rural, que está arruinando los campos y haciendo difícil e imposible la vida de las ciudades.